

Conquistar la libertad gloriosa de los hijos de Dios¹

1. Hoy nos propone la Iglesia en la Primera lectura un texto trascendental. Probablemente, el texto más importante del Antiguo Testamento. Lo que ocurrió en el Paraíso, inmediatamente después del pecado original de nuestros primeros padres. Lo que hasta entonces para ellos era inocencia y armonía, se convierte en vergüenza y división. Si antes trataban a Dios con plena franqueza, con la naturalidad y confianza de un hijo con su Padre, ahora, tras la grave desobediencia cometida, tienen que esconderse porque perciben dolorosamente que están “desnudos”.

Aparece un factor nuevo, algo sorprendente y hasta entonces desconocido: *el miedo: Oí tus pasos en el jardín y tuve miedo²*. Comentaba al respecto san Juan Pablo II: *la ‘desnudez’ manifiesta al hombre privado de la participación en el don de Dios (...) tras el pecado queda desconectado de su Amor (...) de la fuente de la plenitud del bien³*. Y esto le hace percibir con viveza su soledad y desamparo.

Pero eso no es todo. Con el pecado, Adán y Eva pierden también su derecho a participar en la *comprensión del mundo*. Antes tenían, por decirlo de alguna manera, una participación en la visión divina sobre el conjunto de la Creación y, en especial, sobre su propia humanidad. Una comprensión que los llenaba de paz y de alegría de vivir. Si Dios, al término de su obra *veía ser muy bueno cuanto había hecho⁴*; Adán y Eva, lo mismo. Veían todo desde la armonía y la gracia que Dios les había otorgado⁵. Tras el pecado, y sus consecuencias cósmicas, nada fue igual.

En lugar de la luz y la bondad, surgieron la ignorancia y la malicia. Fue como si surgiera en el mundo, dice Benedicto XVI, *un río sucio que, desde entonces, envenena la geografía de la historia humana⁶*.

2. Ahora bien, el mismo texto bíblico que acabamos de escuchar, nos abre una puerta a la esperanza. Dios maldice a la serpiente y, a la vez, promete la salvación: *Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; y su descendencia te aplastará la cabeza⁷*. En este pasaje llamado *Protoevangelio* (el primer anuncio de la salvación) la tradición cristiana ve en esa mujer a María, y en su descendencia, a Jesucristo, nuestro Señor.

El pecado había sido una grave desobediencia. Queriendo ser como Dios, nuestros primeros padres terminaron rotos y avergonzados. De ahí el origen del mal en el mundo. El incorrecto uso de su libertad fue su perdición. Y, de algún modo, la nuestra. Pero no olvidemos que cuando el Señor hace promesas, las cumple. Al llegar la plenitud de los tiempos, como enseña san Pablo, *donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia⁸*. Y Cristo, Nuevo Adán, con su obediencia en el árbol de la Cruz, reparó el daño causado por el libertinaje del antiguo Adán, en el árbol del Paraíso.

¹ Domingo X del tiempo ordinario, ciclo B.

² Primera lectura, *Génesis* 3, 10.

³ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 14-V-1980.

⁴ *Génesis* 1, 31.

⁵ Cfr. SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 14-V-1980.

⁶ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 3-XII-2008.

⁷ Primera lectura, *Génesis* 3, 15.

⁸ *Romanos* 5, 20.

Podríamos decir, volviendo a citar a Benedicto XVI, que al río sucio y contaminado del mal, Cristo crucificado y resucitado, opone un imponente *río de luz y de paz. Un río que está presente a lo largo de la historia y constantemente se manifiesta en la vida de los santos*⁹, antiguos y nuevos, de la Iglesia.

3. Es el momento de preguntarnos, queridos hermanos, ¿en dónde nos queremos colocar nosotros?, ¿estamos de parte de Cristo y de su río de paz o de parte del Maligno y su río de suciedad?, ¿de parte del pecado o de parte de la gracia? San Agustín lo expresó bellamente en un texto universalmente conocido: *Dos amores fundaron dos ciudades. El amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena. El amor de Dios hasta el desprecio propio, la celestial*¹⁰.

En el Evangelio de hoy, Jesús aprovecha la embajada de sus parientes, para recordarnos cómo deben ser las cosas. Le informan que han llegado su madre y sus hermanos y Él responde: *¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? (...) El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.*

Cristo nos propone, como remedio a todos los males del pecado, emplear el precioso don de la libertad para cumplir la voluntad de Dios. Lo que, sin duda, es la mejor forma de crecer y madurar como personas. San Josemaría lo predicaba con energía: ***Cuando nos decidimos contestar al Señor: mi libertad para ti, nos encontramos liberados de todas las cadenas que nos habían atado a cosas sin importancia, a preocupaciones ridículas, a ambiciones mezquinas. Y así la libertad (...) se emplea entera en aprender a hacer el bien***¹¹.

4. El que peca, parece libre, pero no lo es. Se queda atado por sus pasiones desordenadas y consumido por los remordimientos. El pecado es siempre, nos lo recuerda el Catecismo, una *falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo* (CEC 1849); mientras que, por el contrario, el que obedece y ama a Dios ***alcanza la libertad más plena: la de no querer abandonar nunca, por toda la eternidad***¹², el objeto de su amor.

5. Que nuestra Señora que no quiso otra cosa en su vida que *cumplir la voluntad de Dios* nos ayude a conquistar *la libertad gloriosa de los hijos de Dios*¹³.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 10 de junio de 2018

⁹ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 3-XII-2008.

¹⁰ SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, 14, 28.

¹¹ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, n. 38.

¹² *Ibid.*

¹³ *Romanos* 8, 21.